

Capítulo Primero

LOS APÓSTOLES DE JESÚS DE NAZARET

I. IDENTIDAD DE LOS APÓSTOLES DE JESÚS

Nos hemos demorado en la consideración de la importancia que revisten los apócrifos en la teología cristiana, porque el conocimiento de los apóstoles de Jesús nos ha llegado fundamentalmente por la literatura apócrifa. La escasez de datos sobre su personalidad y su ministerio en los escritos canónicos de la Biblia es la razón de que hayan surgido obras que pretenden suplir silencios y llenar ausencias. Varios de los apóstoles apenas han dejado en los textos bíblicos otra cosa que la mención de sus nombres en las listas de los discípulos del Nazareno.

La piedad cristiana no podía quedar conforme con tan mezquinos datos. Por eso deseaba conocer con mayor detalle a los que la carta bíblica a los efesios califica de cimientos de la Iglesia (Ef 2,20). En ese deseo vemos uno de los objetivos concretos de los Hechos Apócrifos. El título de Hechos (*Práxeis*) no significa que sean una crónica de sucesos. El hiato cronológico que separa la vida de los protagonistas frente al origen de la literatura apócrifa hace complicado el intento de reproducir los pasos concretos de su ministerio. Los autores de los HchAp salen al paso de las expectativas de los fieles de su tiempo. Todos participan en cierta medida de la intención del presbítero de Asia que, en opinión de Tertuliano, compuso los HchPl con el deseo de añadir algo al prestigio del apóstol de los gentiles. Aquel presbítero fue depuesto de su cargo por la autoridad eclesiástica, a pesar de que confesó haber escrito la obra *amore Pauli* («por amor a Pablo») ²⁰. Es evidente que los HchAp tienen más un interés hagiográfico que histórico. Sus valores históricos deben buscarse en

²⁰TERTULIANO, *De baptismo*, 17.

el reflejo de usos y costumbres así como en el desarrollo visible de la doctrina cristiana.

Al lado del protagonista indiscutible de los hechos cristianos, Jesús de Nazaret, aparecen sus apóstoles. Los evangelios ofrecen numerosos elementos sobre su personalidad y su vocación al apostolado. Insisten concretamente en su número. Eran doce, cifra que coincide intencionadamente con la de las doce tribus de Israel y las representa. El doce es uno de los números consagrados por la naturaleza y por el uso. La realidad es que en la historia de Israel tuvo el número doce una gran transcendencia. Quizá los doce meses del año estén en la base del influjo de su número en la historia de las instituciones y en las enumeraciones bíblicas. O posiblemente, en el hecho matemático de que el número doce es múltiplo de dos números importantes en la naturaleza, como son el tres y el cuatro.

Desde los primeros libros de la Biblia, el número doce sirve para determinar ciertos elementos rituales. Yahvé ordena a Moisés según Levítico (24,5ss): «Tomarás flor de harina y cocerás doce panes de dos décimas cada uno». Eran los panes de la proposición, que debían ser colocados ante Yahvé y comidos por Aarón y sus hijos en un lugar santo. Doce han de ser igualmente los dones que deberán ofrecerse a Dios para la dedicación del altar: «Doce platos de plata, doce jarros de plata, doce tazas de oro» (Núm 7, 84). Y «el total de los animales para el holocausto: doce novillos, doce carneros y doce corderos primales con sus ofrendas, y doce machos cabríos para el sacrificio expiatorio» (Núm 7,87).

El número de los profetas menores es precisamente doce. Los cuatro mayores, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel forman un número relacionado matemáticamente como submúltiplo del doce. Otros múltiplos de doce son las veinticuatro clases sacerdotales (1 Crón 24), las cuarenta y ocho ciudades levíticas (Núm 35,7), los setenta y dos ancianos elegidos por Moisés según la orden de Yahvé (Núm 11,24-26). También eran setenta y dos los discípulos que envió Jesús a las ciudades y lugares a donde tenía que ir él según la información del evangelio de Lucas (10,1).

El último de los libros de la Biblia, el Apocalipsis de san Juan, cuenta de la señal grande que apareció en el cielo: «una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas». Huida al desierto, fue alimentada durante mil doscientos sesenta días (Ap 12, 1.6). Las cifras ofrecidas en el relato giran alrededor del número doce.

La Jerusalén celestial, «la que bajaba del cielo de parte de Dios» era una ciudad que «tenía un muro grande y alto; tenía doce puertas, sobre las puertas,

doce ángeles y unos nombres escritos que son los de las doce tribus de Israel El muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero» (Ap 21, 2.12.14). El que hablaba con Juan «tenía como medida una caña de oro para medir la ciudad, sus puertas y su muro». La ciudad medía doce mil estadios, sus cimientos eran de doce piedras preciosas, el muro alcanzaba la longitud de ciento cuarenta y cuatro codos. «Las doce puertas eran doce perlas» (Ap 21, 16-21).

El número doce quedó afirmado en nuestra cultura con el nombramiento de los apóstoles de Jesús, encargados, según los textos de los evangelios, de continuar la obra de su Maestro. La traición de Judas dejó incompleto el número de doce, por lo que los once restantes se preocuparon de completar el número con la elección de Matías. Pedro llevó la voz cantante en la elección. Sus palabras parecían señalar dos condiciones precisas para la calidad del apóstol: que hubiera vivido en la compañía del Señor Jesús y que hubiera sido testigo de su resurrección (Hch 1, 21-22). La compañía de Jesús suponía una convivencia, en la que se había dado la relación entre maestro y discípulo. El texto de los Hechos de Lucas habla del tiempo que va desde la misión de Juan Bautista hasta la ascensión de Jesús a los cielos. Un tiempo suficiente para conocer a la persona y su doctrina.

Los textos hablan frecuentemente de «los discípulos». Así hace Mateo en el umbral de su relato de la elección. Llamó Jesús a los doce discípulos a quienes dio poderes para curar toda clase de enfermedades y dolencias. Pero inmediatamente se refiere a ellos como a los doce apóstoles (Mt 10, 1-2). Los relatos evangélicos hablan a veces de «los apóstoles» sin otros calificativos (Lc 22, 14). Pero la apelación más corriente es la de discípulos. Como en la introducción al discurso de las bienaventuranzas, cuando Jesús distingue entre las turbas y sus discípulos (Mt 5, 1), lo mismo que hace Lucas en el lugar paralelo (Lc 6, 19-20). Allí está la turba, pero Jesús parece referirse intencionadamente a sus discípulos (*toùs mathêtàs autoù*).

Uno de los finales estructurales de los discursos contenidos en el evangelio de Mateo especifica que Jesús «había acabado de instruir a sus doce discípulos» (Mt 11,1). A ellos se refieren los fariseos cuando les echan en cara que, al pasar por unos sembrados en día de sábado, arrancaban espigas y se las comían (Mt 12, 1-2). Es la forma ordinaria de referirse a ellos en los evangelios de Mateo y de Juan, y la preferente en los de Marcos y Lucas. Pero la denominación de discípulos acabó evolucionando hacia la de apóstoles. Lucas da testimonio de que Jesús llamó a sus discípulos y eligió a doce a quienes dio el nombre de apóstoles (Lc 6, 13). El nombre de discípulos es más amplio

que el de apóstoles. En la elección de los diáconos, los doce convocan a la muchedumbre de los discípulos para designar a los más recomendables (Hch 6, 2-3).

Convivencia con Jesús y su misión

De todos los que seguían a Jesús en actitud de discípulos, es decir, con el deseo de aprender de sus enseñanzas, Jesús selecciona a doce que obtendrán una calificación especial. Con ellos tendrá Jesús detalles de particular intimidad, no solamente en casos como los del Tabor o Getsemaní, sino en situaciones más genéricas, como podía ser la exégesis de la parábola del sembrador. Jesús se dirige a sus discípulos que estaban a su alrededor junto con los doce (Mc) y les dice: «A vosotros se os ha entregado el misterio del reino de Dios; a aquellos de fuera todo se les dice en parábolas» (Mc 4, 11 par.). Los apóstoles formaban un grupo de doce, designados a veces con el mero guarismo.

Jesús recorría las aldeas enseñando. «Convocó a los doce y empezó a enviarlos de dos en dos» (Mc 6, 6-7). Cumplida su misión, «se reunieron los apóstoles con Jesús». Por el texto de Marcos y el paralelo de Lucas (6, 30) queda claro que los doce son los apóstoles. Así se desprende del relato de Lucas, quien informa que llegada la hora (de la Cena) se recostó Jesús y los apóstoles con él (Lc 22, 14). En el lugar paralelo Mateo dice literalmente: «Llegada la tarde, se puso a la mesa con los doce discípulos» (Mt 26, 20)²¹. La identidad de los apóstoles está recomendada por el número doce y el uso en lugares paralelos de ambos términos de discípulos y apóstoles. Las mujeres que constataron el hecho del sepulcro vacío, regresaron del monumento y comunicaron la nueva a los once. Enseguida se explica el relato diciendo que contaron lo sucedido a los apóstoles (*pròs toùs apostólous*)²².

El dato aparece nítidamente en los relatos de la elección de los apóstoles tal como la describen los tres sinópticos. Después de narrar que Jesús llamó «a sus doce discípulos» continúa Mateo ofreciendo «los nombres de los doce apóstoles» (Mt 10, 1.2). Marcos refiere que Jesús llamó a los que quiso «y los hizo doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar y a ejercer el poder de expulsar demonios; y los hizo doce» (Mc 3, 13-16). En dos ocasiones emplea la misma frase para insistir en el número de doce. Lucas repite los mis-

²¹ Aunque no todos los códices refieren la lectura de «discípulos», la presencia del término está recomendada por manuscritos tan importantes como el Sinaítico y el Alejandrino así como la Vulgata latina y numerosos Padres de la Iglesia.

²² Se trata de las mujeres María Magdalena, Juana, María la de Santiago y las demás que estaban con ellas (Lc 24, 9-10).

mos detalles en un lugar paralelo. Jesús «reunió a sus discípulos, eligió a doce de ellos a quienes dio el nombre de apóstoles» (Lc 6, 13).

El número doce sirve para delimitar y definir a los miembros del grupo selecto de los discípulos de Jesús, que adquieren además la etiqueta de «apóstoles». Esta denominación alude a su carácter profesional de «enviados». Marcos cuenta que Jesús eligió a doce para enviarlos a predicar. Y en efecto, fueron enviados con el encargo de propagar un programa, cuyo núcleo principal era la llegada inminente del reino de los cielos. En sus manos, el poder de hacer toda clase de milagros. Jesús, como maestro que no solamente enseña (*didáskei*), sino crea escuela (*mathēteúei*), traza el perfil preciso de apóstol: predicación del Reino, curación de toda clase de enfermedades y dolencias, actitud de desprendimiento de bienes materiales. Todo con la garantía de la asistencia de Dios²³.

2. LAS LISTAS DE LOS APÓSTOLES

La importancia de la misión de los apóstoles y el interés por dejar patente su identidad quedan de manifiesto en las escenas de su elección y su primera misión. En ellas ocupan un espacio importante los catálogos o listas de los doce. Unas listas, básicamente idénticas, que ofrecen pequeñas pero significativas variantes. Las listas completas de los apóstoles son cuatro, tres correspondientes a los evangelios sinópticos, y una más en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Esta última lista de los Hechos suprime ya lógicamente la mención de Judas Iscariote.

Todas esas listas están confeccionadas en tres grupos de cuatro nombres, que se repiten en todos los casos con algún cambio en el orden, pero sin salirse del cuarteto: 1) El primero está formado por Simón Pedro, Andrés, Santiago el de Zebedeo y Juan. Con este orden aparece la relación en Mateo y Lucas. Marcos altera el orden: Simón Pedro, Santiago, Juan y Andrés.- 2) El segundo va constituido por Felipe, Bartolomé, Mateo y Tomás. Es el orden en Marcos y Lucas. Mateo lo refiere así: Felipe, Bartolomé, Tomás y Mateo. Y los Hechos: Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo.- 3) El tercero lo forman Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón, Judas Iscariote. Con este orden aparecen en Mateo y Marcos, mientras que en Lucas y en los Hechos el orden es Santiago el del

²³ Así se desprende de las palabras de Jesús en las escenas de la elección: Mt 10, 5-15; Mc 6, 7-13; Lc 9, 1-6.

Alfeo, Simón, Judas el de Santiago y Judas Iscariote, ausente éste por razones obvias en la lista de los Hechos.

Como podemos comprobar, los tres cuartetos empiezan por el mismo apóstol. La forma en la enumeración varía en las distintas relaciones. La de Mateo presenta los nombres divididos en binas o parejas, excepto en el primer cuarteto, donde los cuatro del grupo van unidos por la partícula copulativa *kai* («y»). Las relaciones de Marcos y de Lucas los enumeran unidos individualmente por la misma partícula. La lista de los Hechos mezcla ambos sistemas. En el primer cuarteto los nombres van individualizados (o separados) por la conjunción. El segundo distingue dos binas: Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo. Los tres finales van individualizados por la partícula.

Las listas aportan datos para la identificación de los personajes. Simón, nombre de dos de los apóstoles, va identificado con un sobrenombre o con una circunstancia familiar: el primero es Simón Pedro (Mt) o un Simón a quien Jesús le impuso el nombre de Pedro (Mc y Lc). El autor de los Hechos solamente menciona el nombre de Pedro en el primer Simón, mientras que especifica el caso del segundo con su calificativo de Zelotes, Cananeo en Mateo y Marcos. Ahora bien, de la misma forma que por el nombre y su posición en las listas es evidente que se trata de la misma persona, existe la sospecha de que Cananeo y Zelotes no sólo se refieren a la misma persona, sino que posiblemente significan lo mismo. «Cananeo» fue interpretado desde la antigüedad como oriundo o natural de Caná de Galilea. Pero es muy probable que sea la versión del término arameo *qan'ānā*, que significa celoso o zelota. De suyo puede ser sencillamente celoso por la ley y por las tradiciones judías, pero también podría ser un término referido a los miembros de la secta fanática o ultranacionalista, que tanto destacó por su actividad en la rebelión de los años 66-70 d. C. contra Roma²⁴.

El problema de la identidad de Natanael fue resuelto muy pronto con su identificación con el Bartolomé de las listas de los Sinópticos. Porque el encuentro de Natanael con Jesús acabó al parecer con la incorporación del auténtico israelita al elenco de los discípulos de Jesús. El evangelio de Juan narra la aparición de Jesús resucitado a varios discípulos (*mathētais*) junto al mar de Tiberíades. «Se encontraban juntos Simón Pedro, Tomás el llamado Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos» (Jn 21, 2). De acuerdo con la relación del evangelista, Natanael era tan

²⁴ Cf. M. ERBETTA, *Apocrifi del Nuovo Testamento*, II pág. 561; C. ROTH, *The Zealots in the War of 66-73*, separata de *Journal of Semitic Studies*, 4 (1959) 331-356.

discípulo como Pedro, Tomás y los hijos de Zebedeo, todos del grupo de los doce apóstoles²⁵.

La duplicidad de nombres se debe posiblemente al hecho de aclarar el nombre ordinario con algún detalle identificativo de carácter familiar o social: Santiago el de Zebedeo, Tomás el Mellizo, Simón Cananeo, Natanael hijo de Ptolomeo. El evangelio de Juan suele prestar atención al detalle de la duplicidad de nombres. En el caso de Pedro, usa preferentemente la denominación de Simón Pedro en alternancia con Pedro y con Simón hijo de Juan. De las siete menciones de Tomás especifica en tres de ellas el texto de Juan que se trata del llamado Mellizo. El dato es conocido por los Hechos Apócrifos de Tomás, cuyo nombre era Judas mientras que Tomás era el apodo, necesario para identificar al apóstol entre los numerosos personajes que tenían el mismo nombre.

Listas de los apóstoles en el Nuevo Testamento

<u>MT 10,2-4</u>	<u>Mc 3,16-19</u>	<u>Lc 6,14-16</u>	<u>Hch 1,13</u>
Simón	Simón	Simón	Pedro
Andrés	Santiago	Andrés	Juan
Santiago	Juan	Santiago	Santiago
Juan	Andrés	Juan	Andrés
Felipe	Felipe	Felipe	Felipe
Bartolomé	Bartolomé	Bartolomé	Tomás
Tomás	Mateo	Mateo	Bartolomé
Mateo	Tomás	Tomás	Mateo
Santiago	Santiago	Santiago	Santiago
Tadeo	Tadeo	Simón	Simón
Simón	Simón	Judas	Judas
Judas Iscariote	Judas Iscariote	Judas Iscariote	

3. LOS APÓSTOLES, COPROTAGONISTAS DEL NUEVO TESTAMENTO

El Nuevo Testamento está compuesto alrededor de la persona de Jesús de Nazaret, su nacimiento, su vida pública, su pasión, muerte y resurrección. Él es el protagonista de los relatos evangélicos y el núcleo de las enseñanzas de los

²⁵ Los que dieron por cierta definitivamente la identidad de Bartolomé y Natanael fueron los autores de la iglesia siria, concretamente, Ishodad de Merw, natural de Merw en Afganistan y obispo que fue de Haditha, en las cercanías de Mosul en Iraq (s. IX).

autores de las epístolas canónicas. Un personaje que acabó convertido en el Mesías prometido y esperado. La reflexión sobre su personalidad superó todos los presupuestos. La realidad avanzó por encima de las esperanzas, la fe transformó los datos de la historia. El humilde carpintero de Nazaret quedó transformado en el Hijo de Dios, cuya categoría divina igualaba la del Dios del Sinaí. La visión de Pablo de Tarso lo identificaba con el Yahvé, el Dios de nombre impronunciable e intraducible. La versión griega de los LXX tropezó con el obstáculo del nombre sagrado, las cuatro letras sagradas, nunca leídas aunque sustituidas por el eufemismo Adonay. Los traductores griegos, más fieles al Adonay que al Yahvé, interpretaron el misterioso tetragrámaton con el término griego *Kýrios* («Señor»), que la versión latina Vulgata tradujo a su vez como *Dominus*.

Ésa era la gran novedad del Nuevo Testamento. El Dios de la creación, el de los Patriarcas, el del Sinaí, el de los Profetas, era el primer término de una ecuación cuyo segundo término era Jesús de Nazaret. Todo lo que los evangelios canónicos contaban de su poder y su sabiduría, de su autoridad y trascendencia, de su grandeza y majestad, no era nada en comparación con la realidad de su categoría de Dios omnipotente. Como no tenía nada de sorprendente lo que los evangelios apócrifos narraban en términos hiperbólicos. En la literatura apócrifa encontramos lo que la piedad cristiana echaba de menos en los datos más bien escasos de la literatura canónica.

Jesús enseñaba como quien tenía autoridad, mandaba a los vientos, sometía a los demonios, dominaba las enfermedades, resucitaba a los muertos. Lo nunca visto ni imaginado. Pero es que nunca desde los días del Paraíso había Dios caminado al lado del hombre. El que bajaba a tomar el fresco de la tarde entre las delicias del Edén ahora caminaba entre los hombres, ponía su tienda en el campamento de la humanidad, tomaba la naturaleza humana, adoptaba su lenguaje y sus debilidades, experimentaba nuestras penas y nuestras esperanzas. *Deus tamen*. Y sin embargo, era Dios, nacido en una eternidad sin tiempo en el seno del Padre.

Jesús de Nazaret, Dios de Dios, el protagonista de los hechos cristianos profesó de maestro, enseñó y creó escuela. Sus discípulos, enviados o apóstoles, comparten protagonismo con él en la historia de los orígenes del cristianismo. Los doce elegidos siguieron a Jesús, le acompañaron en sus correrías, fueron testigos de sus milagros, escucharon sus enseñanzas, sufrieron el desencanto de la pasión y el gozo de la resurrección. En la elección del que tenía que ocupar el vacío dejado por el traidor, Pedro dejó bien claro que debía ser alguien que hubiera convivido con el grupo de los discípulos y fuera testigo de la resurrección (Hch 1, 21s). El mismo Pedro, desde el entusiasmo que le produjo la conversión del

centurión Cornelio, proclamaba diciendo: «Somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén». Enumeraba entre otras cosas la pasión de Jesús y su resurrección. Más todavía, el resucitado se manifestó, pero no a todo el pueblo sino a «los testigos elegidos por Dios, a nosotros, los que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos» (Hch 10, 39-40).

De acuerdo con los textos, los apóstoles practicaron la compañía con Jesús, vivieron con él en actitud de discípulos, es decir, con la *disciplina* o disposición de aprender. Jesús, en efecto, era su maestro. Así lo reconocían los apóstoles cuando le llamaban «Maestro y Señor» (Jn 13, 13). Pero lo primero era la convivencia. En el texto de la llamada según Marcos, Jesús eligió a los doce «para que estuvieran con él». Después llegaría el momento de la misión, porque también los llamó «para enviarlos a predicar» (Mc 3, 14s). Pero entre la llamada y la misión mediaba una vida de intimidad y convivencia.

Los apóstoles, discípulos predilectos

Un detalle comprobado de la predicación de Jesús era su método de pedagogía mediante parábolas. Con motivo de la del sembrador, cuentan los tres sinópticos la escena familiar de la consulta de los apóstoles y la explicación privilegiada de Jesús: «A vosotros se os ha dado a conocer el misterio del reino de Dios, pero a los otros de fuera todo se les da en parábolas» (Mc 4, 10s par.). El Maestro se había quedado a solas con sus apóstoles a quienes daba una especie de clases particulares. Hablaba a unos discípulos selectos en la intimidad, a los de dentro. Los demás eran los de fuera. Entre Jesús y los suyos fluía con facilidad y generosidad una gran comunicación (*koinōnía*).

La dialéctica de la voluntad de convivencia y de intimidad atraviesa a veces lo que podíamos denominar como tiempos fuertes. Los apóstoles acompañaban a Jesús de forma habitual. Sin embargo, Jesús era un maestro público y se consideraba deudor de sus oyentes. El evangelio de Juan repite con insistencia el testimonio de Jesús como enviado por el Padre, quien lo envió para salvar al mundo (Jn 3, 17). Su palabra sonaba con ciertos tintes de universalidad, pero siempre con un guiño especial dedicado a sus discípulos. El sermón de la montaña es paradigmático: «Al ver a las multitudes, subió al monte, y cuando se hubo sentado, se acercaron a él sus discípulos. Y abriendo la boca, les enseñaba diciendo» (Mt 5, 1-2).

El segundo de los grandes discursos que componen la estructura del evangelio de Mateo iba dedicado específicamente a los doce elegidos para el apostolado (Mt 10, 5ss). En otras ocasiones eran las muchedumbres las destinatarias de su predicación, unas muchedumbres que lo miraban como a su maes-

tro: «Rabí, ¿cuándo has venido aquí?», le preguntaban las turbas en Cafarnaú (Jn 6, 25). A ellas dirigió el discurso acerca del pan eucarístico. Las turbas eran igualmente las que formaban el auditorio ante el que pronunció Jesús la serie de parábolas recogidas en los relatos de Mateo 13.

Pero la intimidad quedaba reservada en determinados momentos para los apóstoles, los que tenían que ser testigos de todo lo que hiciera Jesús. El Tabor, el Cenáculo, Getsemaní fueron marcos para otras tantas confidencias. En ocasiones Jesús restringía su testimonio a los tres discípulos preferidos, Pedro y los dos hijos de Zebedeo, los tres que con él subieron al Tabor, los que contemplaron de cerca la resurrección de la hija de Jairo, los que velaron la agonía de Getsemaní. Pero el Cenáculo fue el lugar donde Jesús mantuvo las más secretas confidencias. Consciente el evangelista de la situación, iniciaba el relato de la Cena (Jn 13, 1) recordando que Jesús, que había amado a los suyos, «los amó hasta no va más». Después de anunciar la traición y realizar el gesto de lavar los pies a sus discípulos, pronunció un largo discurso de despedida.

En el cuerpo de aquel discurso, repetida su protesta de amor y proclamado el mandamiento del amor fraterno, hizo Jesús una solemne confesión: «Vosotros sois mis amigos (*phíloi*) si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos (*doúloi*), porque el siervo no sabe lo que hace su señor, sino que a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 14.15). Jesús introduce de manera solemne un dato interesante para definir su relación con sus apóstoles. Había ya reconocido que era su maestro (Jn 13, 13). Ahora proclama con no menor solemnidad que es su amigo. De acuerdo con el alcance de la lengua hebrea, «os he llamado amigos» equivale a decir «sois mis amigos». En consonancia con el concepto de amistad, explica que por esa razón les ha dado a conocer todo lo que había oído de su Padre.

La amistad es ante todo una comunión de pensamientos y sentimientos. Una comunicación de vivencias tan estrecha y tan sincera que llega hasta las fronteras mismas de la identidad personal. Con razón afirman los latinos que el amigo es «otro yo» (*alter ego*), «otro tú» para el hijo de Sirac, autor del libro del Eclesiástico. «Otro yo» / «otro tú» con el mismo corazón, *-concordia* que dicen los latinos-, y los mismos pensamientos, *-homónoia* en la terminología de los griegos-. Un griego, el sofista filósofo Dión de Prusa, partiendo de la identificación conceptual entre amistad y concordia, llega a la conclusión de que «la amistad es comunidad de voluntades y pensamientos»²⁶.

²⁶ DIÓN DE PRUSA, *Discursos*, IV 42.

Cuando el autor de la carta bíblica a los hebreos habla de los pontífices de la antigua alianza, exige que tengan capacidad para compadecerse de los que «ignoran y se equivocan» (Hebr 5, 2), es decir, de los hombres. La expresión viene a ser como una definición del ser humano, «el que ignora» frente a Dios que todo lo sabe, y «el que se equivoca» al lado de Dios que siempre acierta. Esta limitación existencial del ser humano implica la inexcusable necesidad de un arrimo. El hombre necesita apoyos para suplir y remediar sus deficiencias existenciales. Lo afirma con gran plasticidad el «predicador» bíblico: «¡Ay del solo, porque si cae, no tiene quien lo levante» (Ecl 4, 10). Por ello, entre las vanidades no es la menos lamentable la de un hombre solo (Ecl 4, 7-8). Lo decía también un proverbio griego: «Un hombre solo es lo mismo que ningún hombre».

De ahí la necesidad del amigo, del que puede aliviar las múltiples limitaciones del hombre. El mismo Jesús presentaba la amistad como la actitud contextual de su trato con los apóstoles, una amistad que se expresa en una comunión de conocimientos. Si el amigo es el hijo de Dios, «Dios de Dios» según la teología, omnisciente y todopoderoso, los apóstoles, discípulos del sabio rabino, reciben de su amigo una comunión de conocimientos tan inagotable e inmensa como el amor que lo llevó a dar la vida por esos amigos. Si los pontífices de la antigua alianza debían ser compasivos e indulgentes con los que «ignoran y se equivocan», el pontífice de la nueva, el sacerdote eterno, practicó una particular «simpatía con nuestras debilidades» (Hebr 4, 15). Lo proclamaba Jesús con lúcida claridad en el evangelio de Lucas: «No tienen necesidad de médico los que están sanos, sino los enfermos; yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores para que hagan penitencia» (Lc 5, 31-32).

Era la respuesta lapidaria de Jesús a los que murmuraban porque frecuentaba la compañía de publicanos y pecadores. Los escribas y fariseos no comprendían las razones de aquella simpatía. Pablo escribe a los corintios unas reflexiones con timbres de estridencia: «Dios eligió la necedad del mundo para avergonzar a los sabios; y eligió Dios a los débiles del mundo para avergonzar a los fuertes; y eligió a lo indigno del mundo y a lo menospreciado, a lo que no es nada para confundir a lo que es algo» (1 Cor 1, 27-28). Es un aspecto más de la paradoja que es el cristianismo.

El colegio apostólico

Veremos más adelante a los apóstoles en sus distintas individualidades. Por el momento hemos de reconocer que los textos de los evangelios se refieren a ellos como a un grupo, del que surgen de vez en cuando detalles individuales. Lo

normal es que su presencia quede difuminada en el conjunto. Antes de las listas de los doce, los relatos hablan ya de los discípulos de Jesús, siempre a la sombra del Maestro. Los Sinópticos refieren las primeras llamadas de Pedro, Andrés, Santiago y Juan (Mt 4, 18.21 par.). Pero en el umbral del Sermón de la Montaña o de las bienaventuranzas, el texto de Mateo distingue entre las turbas y los discípulos. Unos discípulos que formaban ya el grupo de los doce cuando Jesús los llama para instruirlos y enviarlos a curar las enfermedades y predicar la llegada del reino de Dios (Mt 10, 1.5ss). A ellos va dedicado el discurso sobre el ejercicio del apostolado. Antes de continuar con la narración de los sucesos, Mateo vuelve a recordar que Jesús acababa de «instruir a sus doce discípulos» (Mt 11, 1).

Como los discípulos eran considerados un grupo fiel a Jesús, los fariseos censuraron repetidas veces su conducta, de la que culpaban a su Maestro. De este modo, la hostilidad de escribas y fariseos se extendía a los discípulos. Jesús solía responder a las acusaciones a partir de la nueva mentalidad que preconizaba. Lo hizo cuando Jesús atravesaba unos campos en compañía de sus discípulos, que sintieron hambre y empezaron a arrancar espigas y a comerlas (Mt 12, 1 ss). Después de la parábola del sembrador, se acercaron a Jesús sus discípulos solicitando una explicación (Mt 13, 10), lo mismo que después de la de la cizaña. Cuando Jesús regresó a su casa, «se le acercaron sus discípulos diciéndole: “Acláranos la parábola de la cizaña del campo”» (Mt 13, 36). El ruego se repitió en otras circunstancias paralelas (Mt 15, 15).

En el milagro de la primera multiplicación de los panes, la iniciativa surgió de los discípulos, que fueron quienes hablaron a Jesús del problema. Cuando los panes y los peces, según la literalidad de los textos, se multiplicaban en manos de Jesús, eran los discípulos los encargados de repartir la comida. Los discípulos intercedieron por la mujer cananea que solicitaba a gritos la salud para su hija (Mt 15, 23). Como si se tratara de un interlocutor, Jesús dialoga con sus discípulos antes de la segunda multiplicación de los panes (Mt 15, 32 ss).

Un olvido de los discípulos motivó la recomendación de Jesús que advertía sobre la levadura de los fariseos y saduceos, es decir, sobre su doctrina y sus actitudes (Mt 16, 5-12). Con sus discípulos mantuvo el diálogo trascendental sobre la fama de su Maestro (Mt 16, 13 ss). Ellos fueron lógicamente los destinatarios de los anuncios de la pasión (Mt 16, 21 ss), como lo fueron de los consejos prácticos dirigidos a los que quieran seguir a Jesús: «Si alguien quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mt 16, 24).

De los discípulos se cuenta que pretendieron inútilmente expulsar a un demonio. A su requerimiento Jesús les respondió que su incapacidad se

debía a su falta de fe (Mt 17, 20). Los discípulos parecen ser los interlocutores ordinarios en su relación con el Maestro. Le consultan, le interrogan, buscan en su palabra solución a sus aporías. Ellos son como grupo los que le plantean la cuestión sobre el más grande en el reino de los cielos (Mt 18, 1). Cuando se refería a los que se hacen eunucos por el reino, Jesús les da explicaciones. Si Jesús hacía que se le acercaran los niños, allí estaban los discípulos tratando de librar de molestias a su Maestro (Mt 19, 13). Incluso cuando tratan del premio eventual para la renuncia de los apóstoles, habla Pedro, pero lo hace en el nombre de todos: «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué habrá para nosotros?» (Mt 19, 27).

Los discípulos, siempre los discípulos. El mismo Jesús parecía poner atención especial al grupo cuando llamaba aparte a los doce para hablarles del secreto de su futura pasión (Mt 20, 17). En una ocasión la madre de los hijos de Zebedeo reclamaba para sus hijos los primeros lugares en el reino. Los otros diez con una sola voz se indignaron contra los dos hermanos (Mt 20, 20). Todos vieron con admiración el caso de la higuera maldita y estéril (Mt 21, 18 ss). A todos se dirigía Jesús para advertirles sobre el peligro de los fariseos (Mt 23, 1 ss), anunciarles la ruina del templo (Mt 24, 1 ss), avisarles de la inminencia de la pascua (Mt 26, 2). Ellos fueron los que se enojaron al ver el derroche de la mujer que ungió a Jesús con costoso perfume. Jesús hizo entonces las funciones de abogado en favor de la mujer (Mt 26, 6 ss).

Luego, llegó la cena, en la que el Maestro y sus discípulos compartieron ritos y sentimientos, temores y esperanzas, promesas y desencantos. Pensando en los preparativos, «los discípulos se acercaron a Jesús» para saber dónde tenían que disponer la cena. «Los discípulos hicieron lo que Jesús les ordenó». Luego, «llegada la tarde, se puso a la mesa con los doce discípulos» (Mt 26, 17 ss), y «a los discípulos dio el pan que había partido y bendecido» (Mt 26, 26). Eran los mismos discípulos que acompañaron a Jesús en la agonía de Getsemaní, los que «le abandonaron todos y huyeron» (Mt 26, 56).

Pasados los dolorosos acontecimientos del prendimiento, condena y crucifixión, llegó el gozo de la resurrección, de la que fueron las mujeres las primeras testigos²⁷. El ángel se ocupó de que las mujeres llevaran la nueva a los huidos: «Id y decid a sus discípulos que ha resucitado». Ellas «fueron corriendo a comunicárselo a los discípulos» (Mt 28, 7-8). «Los once discípulos marcharon a Galilea al monte que Jesús les había indicado» (Mt 28, 16).

²⁷De la versión de los Sinópticos difiere el relato de Pablo en su 1 Cor 15, donde no se dice nada de una eventual aparición a las mujeres.

Hemos seguido a los discípulos a lo largo del texto de Mateo, como representante de los evangelios sinópticos. Pero el evangelio de Juan es todavía más insistente, si cabe, que el de Mateo en la mención de los discípulos como actores coprotagonistas de los acontecimientos. Desde las bodas de Caná a las que asistió Jesús invitado junto con sus discípulos (Jn 2, 2). Los detalles de la boda fueron la ocasión para que los discípulos creyeran en Jesús. Bajaron luego con él a Cafarnaún y fueron descubriendo aspectos decisivos que eran fruto de la convivencia y el trato.

Cuando Jesús vino a la tierra de Judea, viajaban con él sus discípulos (Jn 3, 22), los que le siguieron cuando volvió a Galilea. «Jesús subió al monte, y allí se sentó en compañía de sus discípulos» (Jn 6, 3). Después cuenta Juan de la actividad de Jesús al que acompañan «sus discípulos» como su sombra. Ellos fueron testigos del largo y polémico discurso que Jesús pronunció en la sinagoga de Cafarnaún.

El viaje a Betania con ocasión de la enfermedad y la muerte de Lázaro estuvo precedido de un debate de Jesús con sus discípulos sobre la conveniencia de viajar a Judea, donde los judíos lo buscaban para apedrearlo. Ante las reticencias de los apóstoles, tuvo Tomás un arranque de valor y generosidad: «Vayamos también nosotros para morir con él» (Jn 11, 16).

Los discípulos acompañaron a Jesús en su entrada en Jerusalén y vieron sin entender la escena de su Señor a lomos de un pollino. La cena de pascua fue la ocasión de confidencias y secretos que el Maestro compartió con sus amigos. A continuación, «salió Jesús con sus discípulos para el torrente Cedrón, donde había un huerto, en el que entró Jesús con sus discípulos. Judas, el que le entregaba conocía el lugar porque muchas veces acudía Jesús allí con sus discípulos» (Jn 18, 1-2).

Después de la resurrección fue María Magdalena a comunicar la noticia a los discípulos. Éstos «estaban reunidos la tarde del primer día de la semana con las puertas cerradas por temor a los judíos. Llegó Jesús y los saludó diciendo: “La paz sea con vosotros”. Se alegraron los discípulos cuando vieron al Señor» (Jn 20, 19-20). «Jesús hizo otras muchas señales en presencia de sus discípulos» (Jn 20, 30). Porque aquellos elegidos habían sido llamados para poder ser testigos de todo lo que Jesús hiciera. El magisterio de Jesús había tenido dos clases de lecciones: la palabra y las obras. Palabras de vida y obras de poder. Jesús se había marchado al cielo, como contaba Lucas (Lc 24, 51; Hch 1, 9). Pero no se había ido del todo desde el momento en que detrás de su marcha dejó una gran promesa, dedicada –¡cómo no!- a sus discípulos: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo» (Mt 28, 20).

Antes de seguir adelante con el estudio de los apóstoles en su identidad personal, quiero dejar claro que no deseo moverme ni desde los postulados de la historia ni desde los de la teología. Parto para mis reflexiones y deducciones preferentemente de los textos. La razón que me mueve a seguir este criterio es el hecho de que los autores de los apócrifos entendían y explicaban así los textos bíblicos. Al debate sobre la diferencia entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe, podemos añadir el concepto del Cristo de los textos. Lo mismo cabe decir sobre los apóstoles de Jesús. Los historiadores discutirán sobre la verdad de las afirmaciones de la literatura bíblica o de la apócrifa. Los teólogos sacarán conclusiones de la reflexión sobre la doctrina oficial en la definición de los dogmas. Nosotros seguiremos la letra de los textos, discutibles seguramente para un historiador y matizables desde luego para un teólogo. Pero los textos están ahí como producto descarnado de una mentalidad que dejó su espíritu detrás de la letra. Damos por supuesto que los autores de los Hechos Apócrifos no son cronistas, como no lo son tampoco los autores de los libros de la Biblia. Sus obras son más bien panegíricos encaminados a ensalzar la figura de sus héroes. Con ello creen cumplir un deber de gratitud hacia sus maestros y prestar un servicio de edificación a la piedad cristiana.